

Mi padre y las ranas; la piel y yo

Contiene la parte final, en donde se relata como el actor del cuento desvela el enigma planteado por la esfinge sobre la evolución humana de la piel

Padre, cómprame una bicicleta. Eso será cuando las ranas críen pelo. Padre, quiero un bocadillo de jamón. Eso será cuando las ranas críen pelo. Padre, me gustaría tener una novia rica. Eso será cuando las ranas críen pelo.

Me fui al río Algodor, el de mi pueblo en Toledo, y bien provisto de pequeños saltamontes (ver, Kung Fú) - que ataba a un hilo blanco de coser con un imperdible en la punta-, me dediqué a cazar todas las ranas posibles que en el río misterioso de mis sueños habitaban. Mi primera intención (craso* error de juventud) fue tratar de encontrar una que tuviera pelo, para así lucirme delante de mi padre; y, por ende, poder tener una bici, un bocadillo de jamón y una novia rica.

Cuando hube llenado los botes de ranas (todas sin pelo), diome la naturaleza en contemplar –como regalo- una hermosa carpa, que me miraba como solo las carpas saben mirar: con cara de oveja triste. Escogí la mejor rana y se la ofrecí, pinchada en el imperdible, a aquella carpa majestuosa. Cuando la hube sacado, tumbé a la mayestática entre unos juncos, y surgió la idea brillante de las aguas del cerebro. Estábamos allí los tres, solos: la carpa, la rana y yo. Me tumbé entre las dos y les hablé: vosotros no tenéis pelos; yo, sí. Como ya tenía doce años, me sabía de memoria uno de los mejores libros de aventuras que jamás había leído: El Viaje del Beagle, de un inglés que dio nombre a un famoso anís: el del Mono.

Hoy nos acaban de aceptar la publicación sobre Common Origins of Atopic Dermatitis & Psoriasis (piel y escamas) y nuestro querido aceite “oHo”. En ella se relatan las aventuras evolutivas de la piel humana, desde que empezamos a ser carpas, luego ranas,

y posteriormente musarañas y lémures, monos y, dichosamente (para algunos) *sapiens sapiens*.

Cuando vi por primera vez la película Madagascar, me pasé llorando todo el flin, y di gracias a Darwin (el mono; el del anís).

Hoy me he subido en mi bicicleta, me he comido un bocadillo de jamón y me he puesto a mirar a mi rica novia como solo los monos platirrininos saben hacerlo. Mi padre, desde el afoto que mira mi despacho desde las alturas, me ha guiñado un “oHo” (en andalú), en el que se reflejaba su felicidad porque yo hubiera descubierto el enigma.

Resulta que mi rica novia, por otra parte económicamente pobre, tenía una piel muy suave; de tal manera que, cuando la conocí, la empecé a llamar mi ranita. Y todo porque, además de tener la piel más blanca y suave del mundo, era poseedora de un frenillo lingual, junto a una catarsis laríngea, que le impedía pronunciar correctamente la erre; para ella eran erggrgges. Pues bien, en tanto que un humano normal se dedica a tratar de convencer a la amada para llevársela a la cama, mis deseos de conocimiento antropológico me llevaron a pedirle que dijera “croa, croa”; y ella lo dijo perfecto; “croagr, croagr”. Me eché otro lingotazo de vino tempranillo al gañote, y le hice repetir el gutural sonido cuatro o cinco veces más; y la noche fue como un sueño de estrellas junto a la MIR.

La gente del pub nos miraba como a bichos extraños, sin tan siquiera adivinar que yo les admiraba por su “esbelto” fenotipo Neandertal: gruñían, se chupaban los labios y se daban cachetes en los hombros mientras, entre trago y trago, le daban con fruición a un plato de frutos secos con pasas y chuches con grasas trans.

Ya me habían avisado que este tipo no andaba bien de la cabeza, parecía pensar mi ranita; pero yo, a lo mío. Dime, ranita preciosa ¿Has tenido alguna vez escamas?

Escamas, escamas, no; pero tengo psoriasis en los codos. Aquello fue definitivo: me enamoré locamente, y le pedí que nos fuésemos rápidamente a mi hotel.

Cuando la desnudé, mis ojos dieron en contemplar uno de los ejemplares más bellos que la evolución hubiera podido hacer jamás. La piel, blanca como la espuma de las olas escarpadas, ofrecía una tersura inigualable ante la ausencia de pelos. Se trataba pues, de un ser perfectamente evolucionado para mis antojos ¡Qué diferencia con todas aquellas peludas con las que tiempo atrás me había acostado, por simples motivos filogenéticos! (Aunque claro, que un velludita a tiempo te hace recordar comportamientos eróticos nunca vistos en los *Sapiens sapiens*).

Y aquí termina la historia de los peces, la psoriasis, mi padre y yo. Bueno, a lo mejor no termina y seguimos escribiendo sobre la enfermedad de mi Puri: una alimaña autoinmune que ataca su piel. Vamos a ganar: sus ojos me lo dicen.

¡Ale, que mañana me voy pa Cáí!

* No se trata del Craso del triunvirato; el amigo de César y Pompeyo.